

VARIETÉ

30 céntimos



INCOGNITA, por Demetrio.

—Claro está que tendré que dejar de querer a uno de los dos,
cuando me case; pero..., ¿a cuál será?



DE CINEMATÓGRAFO

*Una escena de la película romántica de la
Casa Ernesto González, titulada "Es usted un
ladrón".*



Varieté

REVISTA COMICA Y DE ESPECTACULOS

Redacción y Administración: Campomanes, 12

APARTADO DE CORREOS 8.032

Aparece los sábados ~ 30 céntimos ejemplar

~ ~ Ordenanza de Varieté, D. Canuto ~ ~



Año II

Madrid 21 de Enero de 1928

Número 8

PICADILLO

Leemos en los diarios:

"Se ha estrenado en Fuencarral *Laura*", y la noticia esta nos ha parecido mal.

Pues si eso en Fuencarral pasa, también sucede en Bilbao y no le dan la importancia que aquí la prensa le ha dao.

Leemos en *La Voz*:

"Durante el próximo certamen nacional que se celebrará en Zaragoza se adjudicará un premio al heroísmo de 500 pesetas al soldado etc."

La noticia nos deja abrumados. ¡Santo Dios! ¿Cuál será "el heroísmo de 500 pesetas"? Hasta ahora, conocíamos el del que las tiene y es capaz de conservarlas después de pagar la cédula, asistir a un partido de campeonato y oír una vez a la Supervia; fuera de eso... no conocemos ninguna hazaña de un papiro de 500 plumas para que le den un premio, por lo cual nos tememos que el concurso quede tan mal como la noticia.

En Alemania el almirante Raeder ha prohibido a las señoras de los oficiales que lleven el pelo corto, lo cual ha producido grandes protestas.

Nos explicamos cuán justa ha sido la indignación al enterarse de la orden contra el pelo a lo *garçon*, pues es lo que dirá alguna; —A tan audaz tiranuelo: no debemos consentirle que así nos llegu hasta el pelo.

Jiménez y Paradas han leído un sainete a Patuel.

¿Qué autor estará en turno para alzarse como padre de él?

¿Qué pasará que ya hace una semana no anuncian los carteles figurines del ínclito Retana?



Piri = Piri

TIEMPOS MODERNOS, por Piri Piri.

¡Está demostrao que a los hombres ya no les gustan las mujeres!

Este número ha sido revisado por la censura.

ENSALADILLA

La mamá de la tiple andaluza, el banquete a Bretaña y las vicetiples de Negresco

Se habla, en el café, de la mamá de una tiple morena, andaluza y escandalosamente guapa.

—No hay otra mujer tan graciosa—afirma uno—como aquella simpática señora.

—¡Tiene cada golpe!—abunda otro—Veréis: Hace algún tiempo, cierta noche, hablaban con ella varios admiradores de su niña en el “camerino” de ésta. Se charlaba de la educación recibida por los contutulos. Y uno de ellos contó: A mí me ha perjudicado de hombre, el exceso de mimo que de pequeño recibí. Hoy reconozco que fué una exageración. Todos mis caprichos eran satisfechos apenas expresados; me vestían mejor que a un príncipe... En fin, recuerdo que con motivo de mi primera comunión, se gastaron mis padres un dineral. El traje me le hizo el mejor sastre de Madrid... ¡Con decir que la vela,



DE LOAYSA

ORGULLO FEMENIL

El ama.—¿Pero por qué riñen esos niños?

La pequeña.—¡Oh! ¡¡Por mí!! Los tengo frenéticos. (Dib. de Loaysa.)

... toda rizada y con lazos preciosos, costó sesenta duros!...

Y la mamá de la tiple, sin poderse contener, exclamó:

—¿Sesenta duros la vela?... ¡Ni que se la dieran a usted con Sagi-Barba!...

Yo profeso un santo horror a la carne humana.

Por eso no fuí al merecido banquete con que el otro día obsequiaron a Faustino Bretaña sus admiradores.

Pensaba ir, estaba decidido a ir; pero leí el “menú” y se me cayó la dentadura a los pies. Porque en el “menú”, sin separación de ninguna clase, sino como un plato más, anunciábase al final: “Gran orquesta. Ocho profesores.” Y a mí, no. En lugar de asistir, envié esta adhesión:

Tras de leer el “menú” con que te agasajan hoy, lo siento, pero no voy; porque comprenderás tú que, aunque de veras te quiero y con tus chistes me tiro y te venero y te admiro y a tu homenaje me adhiero;

y aunque entre los “tragadores” tengo ganado un diploma, pues dicen que zampo horrores... ¡¡Esos ocho profesores no me los como, ni en broma!!

En Negresco.

Llegan dos vicetiples con su mamá y un amigo generoso.

El amigo generoso.—¿Qué tomamos?

La mamá.—Yo tengo “asín” como “debilidad”... Que me den un “bocadiyo” de jamón con tomate.

Una vicetiple.—Y a mí otro.

Su hermanita.—Y otro a mí.

El amigo generoso.—Eso tiene gracia; yo tomaré lo mismo. A ver, ¡camarero!

El camarero.—¿Qué va a ser?

El amigo generoso.—Bocadillos de jamón con tomate.

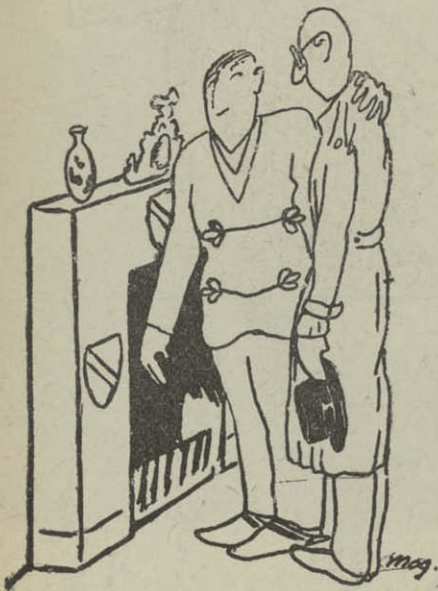
El camarero.—¿Para todos?

El amigo generoso.—Sí; inclusive para las niñas...

La mamá.—¡Diga “usté” que no, mozo! Para las niñas jamón con tomate también, que el “inclusive” se les sube “mu” pronto a la “cabeza”...

Por la recopilación,

Francisco Ramos de Castro.



—¿Qué te parecería si pusiese algún amorcillo adornando los escudos?...

—Me parece que haría mejor alguna morcilla. Dib. de Mog.



Ella.—Papaíta: ¿Vienes con nosotros al cine?

El padre.—Hasta que os caséis no voy.

AGENCIA GENERAL DE LIBROS Y REVISTAS

Apartado número 329.

de JOSÉ W. VALBUENA

MARACAIBO-Venezuela.

Representaciones de Casas Editoriales de España y América. Acepta proposiciones de Agencia de las Casas editoras de Revistas y otras publicaciones. Referencias a satisfacción.



COLÓN FATAL, por Demetrio.

La doncella (que ha sentido pasos detrás de ella).—¡Señorito, no empiece usted como siempre; estese usted quieto!



LUISITA ESTESO. La gentil cupletista, tan justamente aplaudida, que cada día está más bonita y más Esteso, o sea más graciosa.

Luisita: los de VARIETÉ ponemos el más versallesco ósculo en los tacones de tus zapatos, y elegíamos como se merece tu aristocrática línea. ¡Qué viaje más delicioso!

Por el ojo de la cerradura

No he aprendido a pesarme

Ha sido en la redacción de un popular diario. ¡Y aun estoy de una pieza! Entraba yo, como todas las tardes, a enterarme de lo que pasa por el mundo, y vi que los pasillos estaban ocupados totalmente por una muchedumbre abigarrada. Y todos en silencio. Me abrí paso demandando perdones y topé

con más gente en igual actitud silenciosa.

—¿Qué ha ocurrido, señores?...

Un “¡¡chiss!!” unánime me redujo al silencio...

Me latía el corazón. Sospeché —¡que Dios me lo perdone!— que se había accidentado un compañero; que acaso hubiera muerto...

—¿Quién ha sido?...

—¡Silencio!

Entreabrióse la puerta de una estancia contigua y una voz entre cortada y triste susurró cierta cifra:

—¡Cincuenta y siete ochenta!

Para fiebre se me antojaba mucha. Latidos en el pulso, pocos, sin duda alguna...

—Pero... ¿puede saberse?...

Se abrió otra vez la puerta y se cuajó otra cifra:

—¡Cincuenta y ocho veinte!...

Aquella muchedumbre prorrumpió en comentarios. Alguno sacó, gave, un cuadernito y apuntó los guarismos:

—Cincuenta y siete ochenta... Cincuenta y ocho veinte...

Sin duda se trataba de las cotizaciones de la Bolsa.

—¿Son francos?...

—Completamente francos, caballero...

—¡Acabáramos!... Eso ya era otra cosa.

—¿Y las coronas?...

—¿Coronas?... Tome usted un cigarrillo...

Se descubrió la concurrencia y aparecieron dos señores muy graves y empacados:

—¡Vamos a retratarlos, caballeros! Acaso estos señores—dime a pensar—son fuertes accionistas de algún Banco y en sus manos está la fortuna de los que manejan divisas extranjeras... Inicié—terco—otra interrogación...

—¿Fuertes?...

—¡Fortísimos!...

—¡Y en sus manos!...

—¡Todo el oro del mundo!...

—¡Cáscaras!... Pues en verdad que nadie lo diría... ¡Tan jóvenes! ¡Con esas gabardinas! ¡Los zapatos con "philips"!...

Los fotografías, cien fotografías, prendieron el magnesio...

—¿Quiere usted presentarme?

—Tendrá usted que aguardar un momentito...

Escanció mi servidor unas copitas de dorado coñac y proveyó a los próceres...

—¡Salud!...

—¡Salud!...

—¡Salud y suerte!...

—¿Usted por quién apuesta?, me preguntó un muchacho rubicundo.

—¡Hombre! ¿Qué he de decirle? Yo soy un desgraciado que no tengo una perra... ¿Usted que opina?...

—Reamente, es muy difícil. Ya usted ve. Lo que se llevan es insignificante...

—Pero... ¿se llevan algo?... Me enseñó el cuadernito: "Cincuenta y siete ochenta"; "Cincuenta y ocho veinte"...

—No comprendo, señor...

—¡Es usted idiota!

En un tris que nos llamamos a mamporros. Lo evitó un compañero que me dijo al oído:

—¡Que son los boxeadores!...

¡Los boxeadores!... ¡En efecto; eran Quadrini y Ruiz, que se pesaban para el gran combate!...

Yo ignoraba que tan sencilla operación requiriese esos trámites.

Acostumbrado a constatar mi peso en las "Toledo" que hay en las esquinas, sin que nadie se pare a contemplarme, no había caído en la cuenta.

Definitivamente he de marchar al extranjero para ilustrarme un poco.

Leopoldo BEJARANO.



—¿Es aquél tu cuñado? Pues me gusta.

—Pero es inútil.

—¿Tu cuñado?

—No. Es inútil que te guste, porque adora a mi hermana.

Dib. de Demetrio.

De utilidad y recreo



E. Vargas.

Para hacerse interesante a los ojos de la mujer (Consejos a los tíos).

Nada más fácil, si observan ustedes cuidadosamente mis instrucciones y mis consejos marginales, hijos de la experiencia que resulta de mi avanzada edad (tengo ochenta y nueve años y un mes; así es que aunque chocheo a ratos, todavía puedo aconsejar).

Para hacerse interesante a los ojos de las mujeres, hay que conocerlas un poquito y, después de clasificarlas, proceder según el caso.

Las hay que se dejan avasallar por los hombres presumidos, de esos que estrenan unos calcetines de color si son de moda, hasta en el día del entierro de su padre.

Hay las que se desguardamillan por los hombres fuertes y brutales, y también abundan las que se hacen un tirabuzón por los hombres apocados y modestos. Pero las que llegan a envilecerse por un hombre, son las enamoradas de los que están desengañados por otra mujer.

Estas cuatro clases de mujeres pueden sentir interés por los hombres, sin interés: me explicaré. Digo que estos tipos de mujer son los que se pueden *colar* por un tío sin que medie la plata. ¿Entendido? Y contra estas y a vuestro favor van dirigidos los disparos de mi consejo y experiencia.

Para atontolar a una partidaria de los brutales, basta con ajustar una paliza con un pobre diablo que esté dispuesto a recibirla, y delante de ella, por el motivo más fútil empezar a sacudirle, teniendo cuidado de aumentar *sotto voce* el precio de los guantazos, si se observa que el individuo se empieza a mosquear.

Ella le tenderá los brazos enloquecida porque éstas son de las que les gusta decir a las amigas: "Chicas: anoche, en el cine, me estudió centímetro a centímetro un tío que estaba sentado a mi izquierda; pero yo me tuve que aguantar, porque como Pepe tiene ese genio... Pero qué asco de tío; ¡con decirnos que me quitó una liga! ¡Pero cualquiera le dice nada a Pepe! ¡Lo mata de un directo!"

Las enamoradas de los hombres a la

moda son las más fáciles. A una de éstas le muestra usted unos tirantes a contrapedal *último grito*, diciéndole que como esos no han fabricado mas que tres pares y que los otros dos los usa desde *antiyer* el príncipe de Gales (unos *pa* por la mañana y otros *pa* por la tarde), y a los tres cuartos de hora de haberle dicho eso, ha caído sobre la familia de la interfecta el más negro de los borrones.

Pero las que abundan son las que se embrutecen de amor por los hombres que lloran el desvío de una ingrata. A éstas las puede usted hacer sus esclavas si está dispuesto a ponerse en ridículo contándole todas las humillaciones que usted tuvo que soportar de la ingrata, humillaciones que soportaba *por no perderla*.

—¡Sí, amiga mía—dirá usted con acento cansado y mirándose las botas, y a ser posible, con acento argentino—. ¡Yo la quería hasta dar mi vida por *eya*! Yo empecé un arístón para com-

prarle pomada mercurial. Yo soportaba, conteniendo los ímpetus de mi sangre, que ella estuviera encerrada en su cuarto hasta veinte minutos, con un amigo mío, obstinándose después en hacerme creer que no había sido mas que tres minutos, cuando yo tenía la seguridad de que habían sido más de tres...

—¡Cuánto sufriría usted!—dirá ella reumática por las lágrimas vertidas al escucharle.

—¡Horriblemente, querida amiga! Pero un día llegó a lo inaudito: Me habían premiado en un concurso de *charleston*, con unos calzoncillos de popelín estampado en rojo fuego y... se fugó con ellos y con el mejor de mis amigos para celebrar el estreno de la prenda... ¡Ay! Yo no he sufrido más en mi vida... ¡Unos calzoncillos tan bonitos!

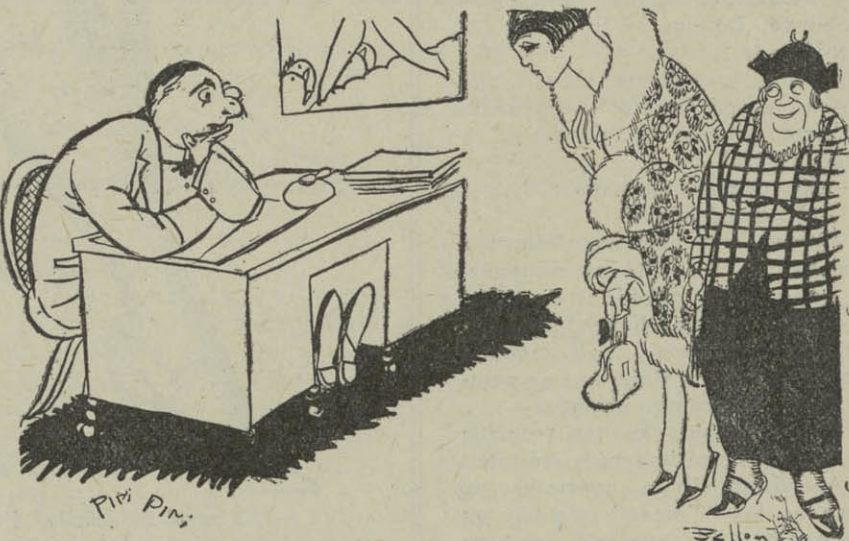
Y si ella al ver su aficción no le da el sostén para que enjague en él sus lágrimas, me destrozó el chaleco, que es la prenda que tengo mejor conservada.

Pero es casi seguro que la enternecida señorita o señora se rinde para curar la herida de vuestro corazón. ¡Y que cuando se ponen así, le pagan a uno hasta la cuenta del sastre!

DON CANUTO.

(Ordenanza de Varietér.)

Apartado
núm. 8.032



El empresario.—Yo la contrataría, pero aquí no puede venir con su mamá, que me han dicho que hasta quisiera salir a escena con usted.

La mamá.—Eso no le importe, señor empresario: En estando al lado de mi niña, vea la escena que vea no digo una palabra.

(Dib. de Bello y Piri-Piri.)

nietecita del ama Pancha y se la llevase en sus nervudos brazos. La vieja china empezó a dar gritos.

—No se apure yo salvaré a la niña, se lo juro por la virgen de Regla.

Y corrimos tras ellos.

El orangután, como todos los orangutanes que han ido mucho al "cine", buscó la chimenea de una fábrica y se subió a ella llevando en sus brazos a la niña. Al llegar a la punta, se puso a hacer juegos malabares con la criatura. Yo, entonces, trepé, maté de un tiro al orangután, y la vieja Pancha me dijo al devolverle sana y salva la nieta:

—Pídeme lo que quieras, mi amo. Ahora soy tu esclava.

—Mira, Morena. Quiero saber lo que me aconsejas para sacar a la niña Cusa de su modorra.

—Muy sencillo, mi hijo. Yo buscaré unos negros que bailen la rumba en el "batey". El mejor medio de despertar la voluptuosidad de una mujer cubana es una noche de bochorno y una rumba bien bailada.

Y una noche contratamos gente que bailara la rumba Al son de la acordeón, del tambor y del güiro una negra y un mulato se retorcan epilépticamente.

La vieja Pancha cantaba guajiras.

El calor era tremendo La vegetación exuberante y tropical... (Vuélvase a leer la descripción del clima cubano.)

Cusa, a mi lado, parecía tener menos sueño que de costumbre.

—¿Me quieres?—la dije.

—Sí, mi hijo, te quiero.

Y, por fin, fuimos novios.

Y junto a la hamaca yo la hablaba así:

—Te quiero, Cusa.

—Hase caló.



CONFIDENCIA, por Picó.

- ¿Y en qué motivos se funda tu marido para pedir la separación?
—Figúrate que quiere que tengamos un hijo ahora que me acabo de encargar ocho trajes a París, para la próxima temporada, que serán ceñidísimos.
—¿Qué desconsideración! ¡Es un tío!



Ella.—Si insiste en casarse conmigo, le diré que todos los hombres me parecen el mismo...

El.—Pero...

Ella.—Y como todos me parecen el mismo, íbamos a tener muchos disgustos con mis equivocaciones.

—Pero deja ahora el calor, salada. Dime que me amas.

—Dáme un refresco de coco.

—Luego, rica.

—Yo quiero fibrosa yuca.

—Te quiero.

—Hase más caló que ayé.

—¡Vida mía!...

—Quiero boniato cocido.

—¿Me querrás siempre?

—Qué calo que hase, mi hijo.

¡Oh, Cuba, Cuba!...

Tu vegetación es exuberante y tropical. (Hagan ustedes el favor de leer por última vez la descripción de Cuba.)

Todo es muy bonito y muy simpático.

Pero ¿ustedes se acuerdan de aquel individuo que se suicidó en Matanzas comiéndose una docena de loros reumáticos?

Pues ese individuo fui yo.

Porque no hay derecho, hombre.

Las latas para los hojalateros de cuarenta años.

MIGUEL SANTOS.

(Ilustración de Mihura.)

Apartado de correos 8.032

La casa de los ruidos

(Caricatura superrealista)

ACTO PRIMERO

Un despacho lujosamente amueblado. El casero.

EL CASERO.—¡Estoy consternado! Los inquilinos del piso principal de mi magnífica casa de la calle del Aguacero, acaban de abandonar el cuarto. Ayer hicieron lo mismo los señores del segundo, y mucho me temo que la familia del tercero y la del entresuelo sigan igual camino. Y todo, porque... ¿Será posible?... ¡Bah! Nadie medianamente culto puede creer en tales patrañas. Y yo soy culto, sí; pero también soy casero. Y, de seguir así las cosas, mi magnífica casa de la calle del Aguacero quedará deshabitada, y nadie se atreverá a aposentarse en sus cuartos baratos y confortables de tres mil, tres mil seiscientos, cuatro mil ochocientos y seis mil pesetas anuales. ¡Es preciso evitarlo! Pero, ¿cómo?... ¡La ruina se cierne sobre mi cabeza! ¡Estoy consternado!

ACTO SEGUNDO

La misma decoración.—La señora del entresuelo, su hija y el casero.

EL CASERO.—Señora, señorita, háganme el favor de sentarse.

LA SEÑORA.—Gracias. Unos minutos nada más, los indispensables para hacerle saber la irrevocable resolución que hemos adoptado esta mañana, al levantarnos.

EL CASERO.—Perdóneme. ¿Acaso el cuarto de baño?...

LA HIJA.—No, señor.

EL CASERO.—Entonces, ¿la calefacción?...

LA SEÑORA.—No; no, señor. Nada de eso.

EL CASERO.—¡Ah, ya comprendo, el ascensor!... Seguramente les molesta...

LA SEÑORA.—No nos molesta nada.

EL CASERO.—Pero sí a las amigas de la pollita, que son muchas.

LA HIJA.—Se equivoca usted.

LA SEÑORA.—Es inútil, señor mío, no acierta usted.

EL CASERO (*aparte*).—No quiero acertar.

LA SEÑORA.—Otros son los motivos y más importantes; mejor expresado, más trágicos.

EL CASERO (*aparte*).—¡Lo que yo me temía!

LA HIJA.—¡Trágicos, sí, espantosos!

LA SEÑORA.—¡Terribles, pavorosos!

EL CASERO.—Me asombran ustedes.

LA SEÑORA.—Va usted a saberlo todo. Anoche... Fíjese: no he comenzado el relato y ya se me ha puesto la carne de gallina.

LA HIJA.—¡Ay!...

EL CASERO.—¿Y a usted, pollita?...

LA HIJA.—¡También de gallina!

LA SEÑORA.—Anoche, repito, a las doce en punto estábamos en la cama, naturalmente.

EL CASERO.—Se acuestan ustedes temprano. ¡Buena costumbre!

LA SEÑORA.—Pues bien, sí; a esa hora, como le digo, escuchamos un ruido extraño e inquietante, que nos hizo estremecer de espanto.

LA HIJA.—¡Ay, mamá, qué noche!...

EL CASERO.—Tranquílcese señorita, y usted también, señora. Observo que son ustedes demasiado nerviosas. Y, acaso, esos ruidos extraños e inquietantes no sonaron más que en sus cerebros fatigados y fácilmente impresionables. Porque, en ocasiones, las neuronas...

LA SEÑORA.—No siga usted, se lo ruego. Hacía varias noches que veníamos escuchando los mismos ruidos y siempre a la misma hora.

EL CASERO.—Sin embargo...

LA SEÑORA.—Déjeme concluir. Casi sin atreverme a respirar la dije a ésta: "¡Hija mía! ¡Ese ruido parece del otro mundo!" Y esta mañana, al levantarnos, encontramos uno de los baúles cerca de la puerta.

LA HIJA.—Mamá, has hecho un chiste.

LA SEÑORA.—Pues lo siento hija, porque estoy hablando en "Azorin" y no en Muñoz Seca.

EL CASERO.—¿Y dice usted que el baúl?...

LA SEÑORA.—Sí, señor, en la puerta. Como a los vecinos del principal e igual que a los del segundo. ¡Es el mismo, el mismo!

EL CASERO.—No comprendo...

LA SEÑORA.—Es inútil que finja usted ignorancia. De sobra sabe usted lo que viene ocurriendo desde hace quince días

en su antipatiquísima casa de la calle del Aguacero.

EL CASERO.—Señora, yo...

LA SEÑORA.—Sí. Usted no ignora que en ella ha penetrado un espíritu maléfico que se quiere quedar sólo, y, por lo que veo, lleva trazas de conseguirlo. Para ello se dedica a arrastrar los baúles de los inquilinos hasta las puertas de los pisos. Y ahora me pregunto: ¿Habrán quién se resista a abandonar la finca? ¡Ah, no seremos nosotras. Quede usted con Dios.

EL CASERO.—Pero, señora...

LA SEÑORA.—Queda usted avisado. Que usted lo pase bien.

LA HIJA.—Caballero...

LA SEÑORA.—Vamos, niña.

EL CASERO.—¡Ay! ¡La ruina se cierne sobre mi cabeza! ¡Estoy consternado!

ACTO TERCERO

La misma decoración. El casero y el inquilino del tercero.

EL CASERO.—Adelante, don Gaspar.

EL INQUILINO.—Muy buenas, señor casero.

EL CASERO.—Pase y siéntese.

EL INQUILINO.—Muy buenas, señor

EL CASERO.—Usted dirá... Aunque me figuro a lo que viene usted. ¡Gracioso! Mi magnífica casa de la calle del Aguacero está embrujada, ¿no es así?

EL INQUILINO.—Los síntomas...

EL CASERO.—Parece mentira que todo un señor doctor, inteligente como el que más...

EL INQUILINO.—Muy amable...

EL CASERO.—Nada, nada; que un eminentísimo especialista en enfermedades nerviosas y mentales, que tiene escrito

su correspondiente libro sobre: "Don Juan..."

EL INQUILINO.—Cierto, "Don Juan en pijama".

EL CASERO.—Un hombre culto, en fin, que ha viajado y leído...

EL INQUILINO.—Amabilísimo...

EL CASERO.—Y que, desdichadamente, cree en fantasmas. ¡Oh!

EL INQUILINO.—Repito que los síntomas...

EL CASERO.—¿Pero cuáles son esos síntomas?

EL INQUILINO.—Escúcheme y juzgue. Voy a contarle lo que ocurrió anoche en mi casa, que es la suya, a las doce en punto.

EL CASERO.—No, no hace falta. Me colocaría usted lo del baúl.

EL INQUILINO.—¡Ah, lo sabe usted!

EL CASERO.—Sí, señor, por desgracia.

EL INQUILINO.—¿Y qué opina de ello?

EL CASERO.—No sé qué pensar. Sólo sé que la ruina se cierne sobre mi cabeza. ¡Estoy consternado!

EL INQUILINO.—El caso es grave, sí; no obstante, si usted quisiera, tal vez podría arreglarse todo. Estoy pensando... Sí, seguramente...

EL CASERO.—¿Qué quiere usted decir?

EL INQUILINO.—Yo tengo un amigo espiritista, al que me une, más que una amistad, un cariño de hermano. ¿Eh? ¿Qué tal?

EL CASERO.—No sé, no comprendo...

EL INQUILINO.—¿No sospecha usted que, si él quisiera, podría hacer huir al fantasma que de tal modo ha venido a sembrar el terror en su finca de la calle del Aguacero?

EL CASERO.—¡Ah, si lo lograra!... ¡Todos los pisos de mi magnífica casa estarían a su disposición!

EL INQUILINO.—Gracias. Resérveme el entresuelo. Así podré complacer a mi mujer y a mi hija, quienes, como usted sabe, padecen una aguda neurastenia y tienen la manía de cambiar de cuarto.

EL CASERO.—Bien, ¿pero usted me asegura?...

EL INQUILINO.—Tenga confianza y espere. Mañana le sorprenderé agradablemente. Adiós.

EL CASERO.—¡Qué alegría! ¡Estoy un poco menos consternado!

ACTO CUARTO

Un gabinete en casa de don Gaspar. Es de noche. Doce campanadas huyen de un reloj lejano. Silencio y misterio. Don Gaspar y un fantasma.

DON GASPAR.—Las doce. Llegó la hora (reconcentrándose):

Acude pronto, fantasma,

a mi mágica palabra.

Ven y no seas cataplasma.

¡Abracadabra!

(escucha) Ya está ahí.

UN FANTASMA.—Buenas noches, don Gaspar.

DON GASPAR.—Maravillosas, amigo mío ¿Qué noticias me trae usted?

UN FANTASMA.—Las últimas. Los inquilinos del entresuelo han desalojado sus habitaciones.

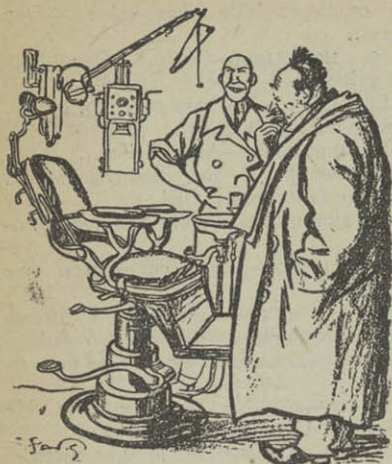
DON GASPAR.—Lo sabía.



La pedicura.—Aún no hace el año que entró por tercera vez la marquesa de La Palpitación y ya se entiende con otro.

La cliente.—¡Bah! Para eso no le hace falta envuinar.

Dib. de Picó.



—¿Y dice usted que no me dolerá?
—¡Según... diez pesetas!

UN FANTASMA.—Sólo usted continúa, tranquilamente, en su puesto. Queda, pues, terminada mi misión, si no dispone usted otra cosa.

DON GASPAS.—No, nada.

UN FANTASMA.—¿Está usted satisfecho de mis servicios?

DON GASPAS.—Completamente.

UN FANTASMA.—Entonces, si no le molesta...

DON GASPAS.—¡Ah!, la factura Veamos (leyendo) "Las doce en punto. Se alquilan fantasmas, brujas y trasgos. Especialidad en sustos a las suegras. Don Gaspar Ismael, debe: Por tres sustos dados a los inquilinos de la casa número 13 de la calle del Aguacero, a doscientas pesetas cada susto, total, seiscientas pesetas. Recibí, etcétera, etc."

UN FANTASMA.—¿Está usted conforme?

DON GASPAS.—Un poco caro me parece.

UN FANTASMA.—Repare usted que esta casa cuenta con más de un millón de agentes, de reconocida seriedad, repartidos por todo el mundo.

DON GASPAS.—Sí, claro... En fin, tenga. Seiscientas pesetas, y cien más para usted.

UN FANTASMA.—Muchísimas gracias. Y ya lo sabe el señor; si alguna vez me necesita el señor, no tiene más que llamarme.

DON GASPAS.—Gracias. Voy avisar a la doncella para que le acompañe hasta la puerta.

UN FANTASMA.—No hace falta, señor. Saldré por la chimenea.

DON GASPAS.—Mejor. Pero tenga mucho cuidado con los aeroplanos.

COMIENZA A CAER EL TELON

UN ESPECTADOR.—¡Eh, amigo!
¿Adónde va usted tan de prisa?



APACHES DE ANTAÑO, por Fan Fan.

Ella.—¡Granuja, me pegas porque soy mujer, pero no te atreverás con uno de tu igual!

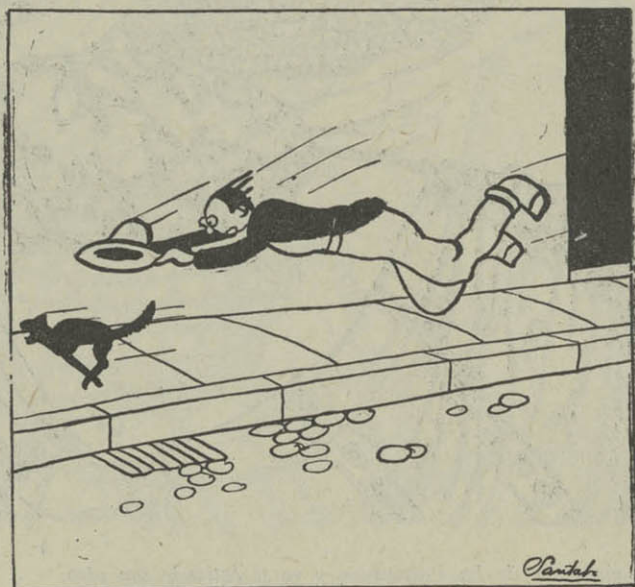
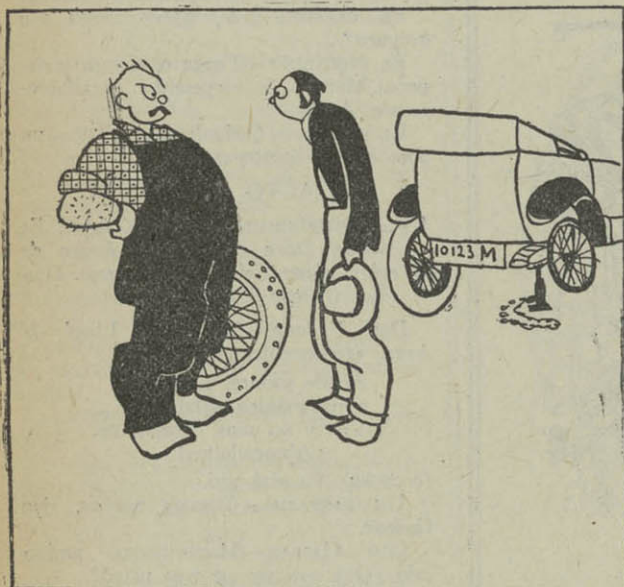
OTRO.—No me entretenga. Voy a ver si encuentro un fantasma en buenas condiciones.

HA CAIDO EL TELON DEFINITIVAMENTE

PABLO TORREMOCHA.

EL INGENIO

Por ANTABALLA



—¿De manera que usted quiere colocarse aquí en mi taller? Muy bien; traiga un gato.

O un shotis:
 —Está visto,
 Calixto,
 que t'he "mondao"
 con mi calor.
 —Tengo valor
 y voy "soldao".
 —¡T'he "merengao"!
 —No insisto.

En aquel instante brota en mi cerebro la idea. Y en seguida, tiro estilográfica y escribo un "char-tán" y un shotis, los cuales colo-uno en el segundo cuadro, y el otro en el tercero. Alrededor de ellos voy encajando cuarenta o cincuenta muchachas ligeras de ropa, y descanso aquel día. Al siguiente apunto las tres decoraciones y hago algunas acotaciones, tales como estas: "En el tercer cuadro habrá que contratar una pareja de baile "pa" que ejecute el "charleston". Ella, a ser posible, será guapa y tendrá dos bonitas pantorrillas, y será un negro, pero de los de verdaz". "Las chicas del conjunto, después de las evoluciones y antes de tumbarse en el suelo, arrojarán, al público, olorosas pastillas de jabón o magníficas latas de mermelada. Es decir, que unas no-



EL MADRID CASTIZO, por Bellón y Piri Piri.
 La chula.—¡Vamos que ofrecerse dos gordas por el caballito del chico!...
 El traperero.—¡A ver si sa creído esté que es un pura sangre!



¡Sin saber nadar Dios mío! Si me libras de esta situación te prometo no chillar más a ningún torero en la plaza por muy Cagancho que sea.
 Dib. de Escalera.

ches darán al público un buen jabón y otras noches la lata." ¿Hay gracia o no hay gracia?
 Terminada la obra, leo cuidadosamente las tres o cuatro cuartillas, cambiando las "ves" por "ubes" y "biceversa", porque como escribo tan de prisa, pues, claro, se me pasan algunas. Y, por último, firmo y se la entrego al músico "pa" que la ponga el título, porque la música ya la han "puesto" los autores extranjeros.
 Y "ná" más. Le estrecha las manos, más ancho que largo, su compañero, y "usté" perdone,

MODESTO SINCERO.
 Por la transcripción,
 Pablo TORREMOCHA.



DE LOAVSA.
 —¿Entonces dos tercios?
 —Sí; a mi dorada.
 —¿Y a la señora?
 —De la Guardia civil: ¡digo!... alemana.

Dib. de Loavsa.

Apartado de correos 8.032

“ V A R I E T É ”

se vende en Buenos Aires por la importante casa Antonio Manzanera, de sólido crédito, como tiene mucho gusto en hacer público esta administración.

Antonio Manzanera

Independencia, 2 Buenos Aires



La cupletista.—¿Usted cree que no me harán una ovación en cuanto llegue al tercer couplé?
 El empresario.—En el tercero no sé; pero en el cuarto te van a comer.

Dib. de Picó.



VIAJANDO EN PRIMERA

LA MUJER RUSA.

Su tiranía eslava.—Su orgullo moscovita.—Su crueldad espantosa.—Su galgo ruso.—Sus ojos negros.—El ejército rojo.—La nieve blanca.—Mi venganza gitana.

PRIMERA PARTE

LA CRUELDAD DE OLGA PETROFF

(Campo nevado en las cercanías de Petrogrado. Hace un frío que corta el cutis. De vez en cuando se oye lejano y estridente el aullido de un lobo, que tiene hambre, que tiene frío y que tie-



ALDEANA RUSA.

ne cuatro patas. Dos delante y dos detrás. Los lobos de Rusia son así.

La nieve cae menuda y monótona. Todo lo cubre como un inmenso sudario. (Bonito y nuevo símil.)

Es en el año 1912, antes de la Gran Guerra.)

Yo. (*Meditando, al mismo tiempo que doy en trineo mi acostumbrado paseo por la nieve.*).—Verdaderamente cuando yo vine a este país a vender horchata de chufas, hice un mal negocio. En Rusia hace frío y nieva sin cesar. Ahora estoy arruinado y triste. ¡Qué asco de vida, San Eugenio!

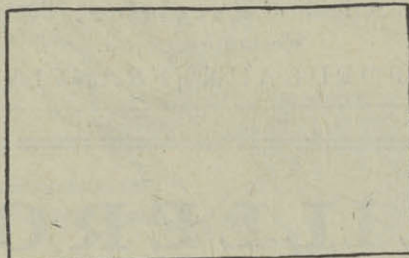
Un perro. (*Distante, aullando lúgubremente.*).— ¡Uy, uy, uy!...

Yo.—Ese aullido no pertenece a ningún lobo. Más bien parece el de un perro que fuese castigado con saña. (*Miro hacia el sitio de donde parten*

los quejidos y veo un grupo compuesto por una joven y bella mujer de pelo negro y por un bonito galgo ruso de ojos tristes y miopes.) Parece que la mujer está fustigando duramente al noble animal. Me acercaré para saber el motivo de tal crueldad. (*Me acerco, y como la joven de pelo negro sigue sin cesar pegando al hermoso galgo, la reprocho.*) No es de bien nacidos pegar a un noble can. Es usted mala como Celia Gámez.

Olga.—Soy la Gran Duquesa Olga Petroff y soy dueña de mis acciones y de un hotelito en Bermengrado.

Yo.—Pues un servidor es aficionado a las corridas nocturnas y oigo algunas



LA NIEVE.

veces la Radio-España. Sin embargo, le repito que es usted una tirana.

Olga. (*Echando lumbre por los ojos, negros como la noche y rasgados como los pantalones de un mendigo.*).—Los habitantes del recio castillo de los Petroff, no consienten nunca que se inmiscuyan en sus asuntos.

Yo. (*Displicente.*).—Tampoco lo consiente un amigo mío que se llama Ubaldo y yo le hago el mismo caso que se le hace a un reloj de dos pesetas. Pero necesito saber por qué pega usted al perro.

Olga.—Le pego porque no consiente en aprender a cantar "La calesera".

Yo.—Los galgos rusos son unos animales muy inteligentes Olga Petroff.

Olga.—Esa ironía idiota se la premio a usted con un trallazo. (*Descarga sobre mí el látigo.*)

Yo.—Es usted una mujer y no me defiende. ¡Ah, si fuera usted un cobrador de la Compañía del Gas!...

Olga. (*Descargando sobre mi rostro feroces latigazos.*).—¡Toma! ¡Toma! ¡Toma y toma!

Yo. (*Echando sangre por las heridas.*).—La tiranía rusa es espantosa. Pero yo soy un noble caballero español y no me defiende. ¡Sigue pegando, mujer feroz!

Olga. (*Cayendo, a la hora y pico, sobre mí, fatigada y amorosa.*).—Perdóname. Tengo el alma eslava y no lo puedo remediar. En mi sangre hay la



INDIVIDUO MOSCOVITA

sangre cruel de los cosacos. No obstante, debajo de esta ira oculto un corazón apasionado. Te amo, negro. Seremos amantes si tú quieres.

Yo. (*Accediendo, porque la joven tiene unas caderas torneadas y prietas.*).—Bueno. Pero no me regales ninguna cadanita de oro.

Olga.—Vamos hacia una *itsa* que tengo a cincuenta verstas de aquí y en donde te invitaré a un excelente *vodka*.

Yo.—Vamos, castigadora.

LA "KIEFESA"

(*Refugio en la nieve, que cuida Nicolás Ferodoritch, criado de la Gran Duquesa.*)



EL BAILE RUSO.

Olga.—Nicolás Ferodovitch, prepara el samovar y sirve vodka como un ruso.

Nicolás. *(Que es algo chulo.)*.—¡Como las balas de un mauser. *(Se va.)*

Olga. *(Acariciándome la barbilla.)*.—Te quiero, joven español. Pídemelo que quieras.

Yo.—Quiero ver un baile ruso.

Olga. *(Llamando al criado.)*.—Nicolás Fedorovitch, baila inmediatamente la kiefesa.

Nicolás.—Tenga en cuenta la Gran Duquesa que tengo sesenta y tres años y que ya no me pongo en cucullas ni para sembrar trigo.

Olga. *(Dándole un latigazo.)*.—¡Baila he dicho! Yo tocaré el pandero.

Nicolás.—Pero... es que tengo juanetes...

Olga.—*(Mondándole a trallazos.)*.—Pues aunque tengas Enriques. ¡Baila, maldito! *(Nicolás baila durante dos horas. Al cabo, cae desfallecido.)* ¡Ahora, vete!...

Nicolás. *(Aparte, al mutis.)*.—¡Ah, cruel Duquesa! Ya me vengará Trostky. El triunfo de la revolución está cercano. Pronto vendrá el régimen soviético y las tropas del ejército rojo asesinarán a los tiranos. *(Se va con una cara espantosa de odio.)*

Olga.—Y ahora que has visto bailar la kiefesa, el cachabol y el Nimaguí, dame un beso.

Yo. *(Con asco.)*.—¡Que te lo dé tu padre, odiosa rusa.

Olga. *(Dándole un latigazo.)*.—Dame un beso, repijota.

Yo.—Toma, salada. *(Nos besamos por espacio de cinco horas. Aparte.)*.—¡Ah,

Gran Duquesa Olga Petroff. Me obligas a darte besos con la fuerza de tu látigo. ¡Pero ya vendrá Lenin!

SEGUNDA PARTE

MI VENGANZA

(En París, en el año 1925. Olga Petroff, arruinada, vive modestamente en un hotel de la rue de la Paix. Yo, que casualmente, habito en el mismo sitio, la veo una tarde. Y tenemos una conversación en sus habitaciones.)

Olga.—Perdóname. Yo, entonces, era una tirana y por eso te maltraté, como maltraté a mi galgo ruso y a Nicolás Fedorovitch. Perdóname.

Yo. *(Clavándole un puñal en un muslo.)*.—No te perdono, porque aún quedan en mi rostro las cicatrices de tus latigazos. Sufre, por cruel.

Olga. *(Quejándose.)*.—¡Ay!

Yo. *(Tirándole de los pelos.)*.—¡Sufre! ¡Ahora me vengaré de tus desaires. Ahora no eres nadie. Acaríciame la barbilla.

FOTOGRAFÍAS GALANTES : RARAS

Hermosas colecciones

10 pesetas en sellos de Correo

Contra reembolso 11 pesetas

Escribid a **Excelsior**, Poste Restante Central.

BORDEAUX (FRANCIA.)

Olga. *(Ejecutándolo.)*.—¡Maldito perro!

Yo. *(Pisándole los dedos meñiques de los pies.)*.—Ahora, llámame negro.

Olga.—¡Negro!

Yo. *(Tirándole mordiscos en el cuello.)*.—Ahora, dime "pituso mío".

Olga.—¡Pituso mío!

Yo.—Ahora, enróscate a mi cuerpo, acaríciame y llámame merengue.

Olga. *(Acariciándome y enroscándose a mi cuello.)*.—¡Merengue!

Yo. *(Mirando hacia arriba.)*.—¡Juro que me vengaría y efectivamente me vengo! *(Río sarcásticamente y me quedo algo traspuesto.)*

Olga.—Eso no. Antes de sufrir la tortura de un hombre que usa gafas, prefiero morir. Esto es lo que han hecho siempre los habitantes del recio castillo de los Petroff. *(Se clava el cuchillo en el pecho y fallece.)*

Yo. *(Acercándome a la batería.)*.—¡Oh, Rusia! Tus mujeres son crueles y despóticas. Tus hombres, robustos y barbudos. Tus niños, florones y algo pequeños. Tus paisajes, nevados, son todos blancos. ¡Oh, Rusia! ¡Rusia!

Nicolás. *(Apareciendo silenciosamente detrás de mí.)*.—Tú, fuiste tú, el que tuviste la culpa de que yo bailase la kiefesa. ¡Maldito perro, ya te he encontrado. *(Me da con un jarrón en la cabeza y me desnucan.)*

Yo.—¡Mi madre! *(Muero.)*

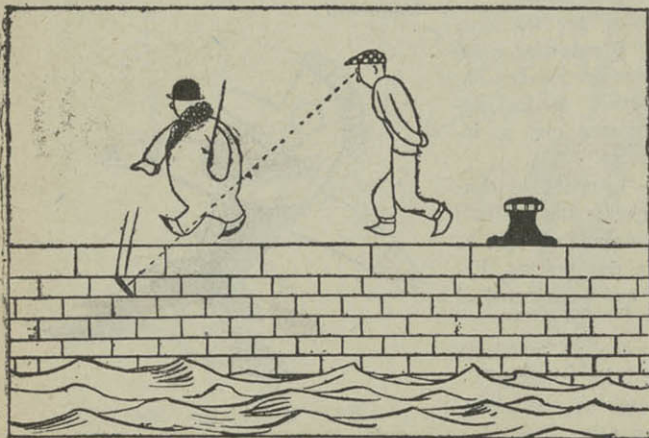
Esto es todo lo que les puedo decir a ustedes de Rusia.

MIGUEL SANTOS.

(Ilustraciones de Mihura.)

EL COLILLERO TENAZ

Por SANTABALLA





Ella.—¡“Amos” anda! ¡Tanto presumir de modernista y de cubista y luego me resultas... un anticuaio!

El adiós a la capa

MONÓLOGO REPRESENTABLE (I).

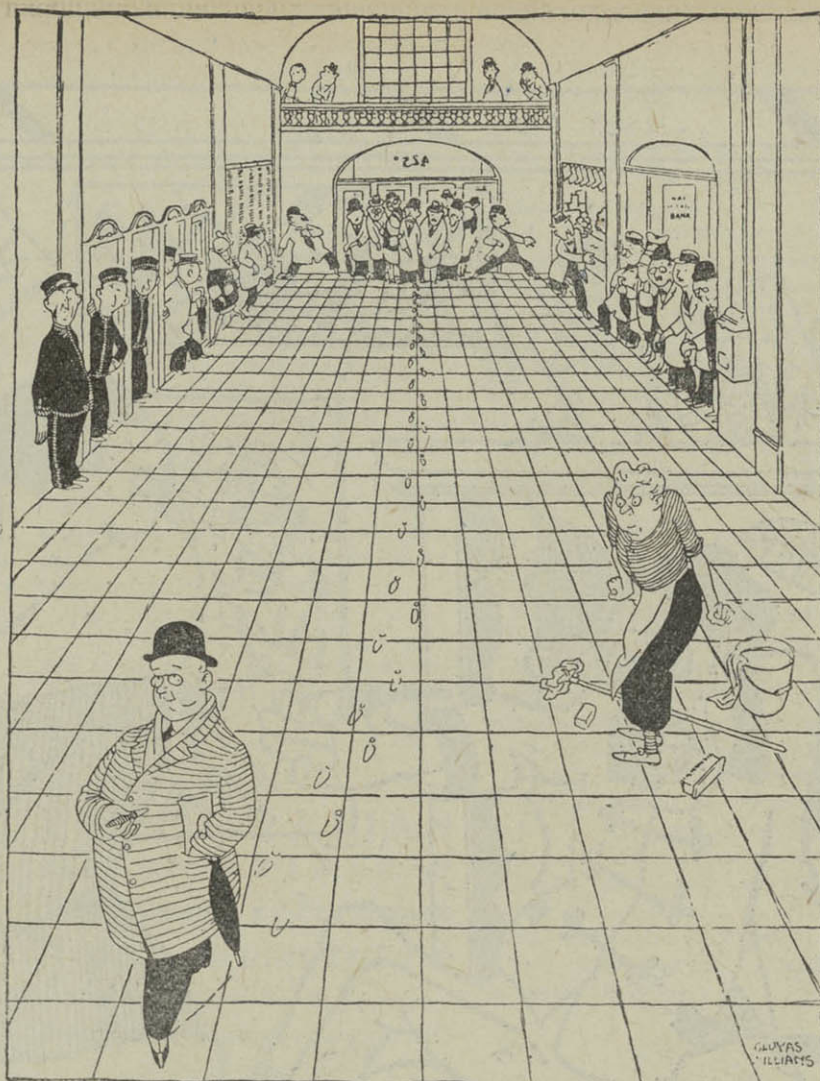
El actor sacará una viejísima y deteriorada capa sin embozo; y más corta que una colegiala.

A falta de mejor cosa voy a dedicar un canto a esta "preciosa" pañosa que la quiero tanto y cuanto. Mas antes, lleno de espanto me aventuro a suplicar que si no llega a gustar al auditorio este canto no me obligue a que me esconda por si alguno a mal hacer me lo quiere devolver... Pero, devolver con honda...

¡Oh capa, preciosa capa, castiza prenda española, que como no se le escapa ni al más listo ni al más bolo, en lugar de a "lo manola"...

(Alude a lo corta.)

te han "cortao"... ¡a lo mano'o!... Capa qua en Béjar naciste y en el Rastro te luciste como castiza y serrana; del pueblo donde viniste ¿qué te queda? ¡Un aire triste! Aire de "La Bejarana"... Capa a quien Don Galo Ponte debe medalla de honor porque conoces "El Monte" mejor que un explorador. ¡Oh capa, que en algún día "me prestabas" tu osadía y cinco duros de empeño; ¿dónde está ya, capa mía aquel "tu valor" de ensueño? ¿Dónde con tu miedo vas que en lugar de recrecerte cuando alguien va a acometerte cada vez "te achicas" más?... ¡Oh mutilada pañosa gala de mis años mozos que lucías orgullosa



HEROES MODERNOS

Inclito varón desafiando, impávido, las iras de la mujer que acaba de fregar el suelo.

tus magníficos embozos, y que al irlos a buscar hoy, con fruición y delicia, en lugar de su caricia no encuentro más que el solar! Capa que en las becerradas burlaste las arrancadas del toro, y, más de un percance con un "lance" me has librado; tú, que en lances has brillado hoy, ni te quieren "de lance"... Capa que en mil galanteos y en amorosos flirteos robabas los corazones; que la envidia provocabas y que a tu paso arrancabas los pipos a montones. Hoy, la modista que pasa tras de mirarnos con guasa dice burlona la indina: —¡Mira que tipo, Tomasa; se ha "dejao" la capa en casa

y trae sólo la esclavina! ¿Qué hiciste del vuelo y brillo que provocaban el celo de la Cava hasta el Portillo, que hoy te queda menos vuelo que puede tener un grillo?... ¡Oh capa, como te vas! (Corriéndose hacia las bambalinas.) ¡Te vas "pa" no volver más! ¡Sí, te vas... te vas, mi bien!... (Casi haciendo mutis y dicho muy de prisa.) ¡Y yo me marchó también por si es que vienen mal "dás" me atizan dos "pedrás"! Que a mí esas bromas... ¡No hay [quién]!... (Mutis rápido si el público no se anticipa y le tira una butaca.) FIDEL PRADO.

(I) Si el público lo permite.



DE CINEMATÓGRAFO

Escena acuática de la graciosa cinta de la Casa Ernesto Gonzáles titulada "La señorita mamá".

Se ha puesto a la venta la BIBLIOTECA ASTRA-KAN, que se titula *LAS OTOÑALES DE DEMETRIO*, y va estupendamente ilustrada en color y en negro por el inimitable dibujante.—50 céntimos.

En máquina, la estupenda colección de postales a todo color, *LAS RUBIAS DE PICÓ*. Las seis rubias que ha dibujado Picó son, sencillamente, maravillosas.



DE CINEMATÓGRAFO Una escena de la interesante película de la Fox-Film, "El mono habla", interpretada por la gentil estrella Olive Borden.

Nuestro número de *Carnaval* será lo más divertido de estos tiempos. Las mujeres más guapas. Las historietas más graciosas de Mihura y Díaz-Antón. Los mejores dibujos de Demetrio y Picó.

COMPREN LA
BIBLIOTECA ASTRAKAN
 "LAS OTOÑALES DE DEMETRIO", todos los dibujos inéditos.

50 CENTIMOS